

“ES COSA MÍA, NO TE ASUSTES MÁS”

La vida de los santos a veces nos parece muy alejada, ideal, casi inalcanzable para el común de los mortales... Nos asombran sus vidas, son sujetos de admiración, pero a la hora de la verdad... “yo no puedo hacer lo mismo...” “bastante tengo con mis líos cotidianos...” “Dios a ellos los eligió y les ayudó a vivir entregados, y yo casi que ni sé si Dios existe...”. Estos son ejemplos de las distintas cosas que podemos decirnos cuando llegan momentos donde el corazón nos pide más, pero la cabeza nos dice “no te flipes...”.

Os propongo en el día de hoy una pequeña reflexión al hilo de la vida de San Francisco, inspirada en el libro “Sabiduría de un pobre” (que os recomiendo leer...); a ver si acercando a nuestra cotidianidad vidas tan “santificadas” nos empezamos a dar cuenta de que esto es para todos, de que Dios puede transformar radicalmente nuestro corazón, siempre.

“Te he escogido a propósito, para que sea manifiesto a la vista de todos que lo que Yo hago en ti, no sale de tu habilidad, sino de mi Gracia. Soy yo quien te he llamado, Soy Yo quien guarda el rebaño y lo apacienta. Es cosa mía, no te asustes mas”.

Canción: Adéntrate. 15olas.

<https://www.youtube.com/watch?v=aWqgzEHIBvs>

Francisco de Asís es conocido por cómo vivió la pobreza. Pero cometeríamos un error si nos quedamos solo en la pobreza material. San Francisco vivió pobremente **en todas las dimensiones de su vida**. Recogemos unas cuantas, al hilo del libro anteriormente señalado:

POBREZA MATERIAL

El no tener nada.

Francisco come con los pobres, aceptar la comida que ellos le ofrecen, sin sentir que esta “abusando” porque él no tiene tampoco nada, es igual a ellos

¿Nos dejamos “dar” por el más pobre, o vamos a él como “salvadores”?

POBREZA AFECTIVA

Francisco se siente tentado por una vida distinta, por casarse, por volver a su casa y con los suyos...

Al final, solo le queda la certeza de la misericordia de Dios para con su vida.

¿Dejamos que Dios llene nuestros afectos, o andamos presos de “necesidades”?

POBREZA (DESPRENDIMIENTO) EN SU PROPIA ACTIVIDAD

“Quizás no haya nada que hacer; el tiempo de Dios no es nuestro tiempo”.

Desprenderse de la necesidad de recompensas y frutos en nuestro trabajo, sabiendo que “solo la misericordia de Dios puede cambiar el corazón de los hombres”.

POBREZA EXISTENCIAL

La que viene al situarse en la intemperie y verse vapuleado... Donde solo “Dios es”, y no hay absolutamente nada más.

¿Soy único Señor de mi vida?

POBREZA INTELECTUAL

De quien sabe que a Dios no se le puede conocer del todo.

“El hombre no sabe más que lo que experimenta”.

POBREZA ESPIRITUAL

No poseer a Dios, ni controlarlo, ni conocerlo, ni entenderlo... dejarse purificar por él.

Francisco se siente pobre ante la inmensidad de Dios, y eso le lleva a la contemplación y la alabanza

POBREZA EN LA ORACIÓN

“Estaba presto a descubrir la seña de una presencia, haciendo silencio en sí mismo. Su oración no estaba hecha de formulas. Solo quedaba la Palabra”.

¿Cómo anda nuestra confianza en Dios?

Mirar a Francisco es entrar en las entrañas del desprendimiento, y ahí, encontrarnos con el único sentido de nuestra vida

Su opción radical, por la pobreza (por todo tipo de pobreza), le transforma en un hombre...



Agradecido...

“Habría que darle siempre las gracias a Dios, aun cuando no se arregle todo como quisiéramos. Pero es difícil. Nos falta siempre esperanza. Pedimos cuentas a Dios, y si se hace el sordo, nos turbamos e irritamos. Ahora ya no pido cuentas; esa es una actitud ridícula, pues Dios es como el sol. Se le vea o no se le vea, que aparezca o se oculte, Él brilla. ¡Vaya usted a impedir al sol que brille! Pues menos se puede todavía impedir a Dios que se derrame en misericordia. Y Dios ha querido que su bondad pase por el corazón de los hombres. Hay en eso algo de maravilloso y de temible. Depende de cada uno de nosotros, por nuestra parte, que los hombres sientan o no la misericordia de Dios. Por eso la bondad es una cosa tan grande”.

...y desprendido

“Para seguir un llamamiento de Dios, el hombre se da a fondo en una obra, apasionadamente y con entusiasmo, y eso es bueno y necesario, pero crear algo es inevitablemente marcarlo con tu sello, y hacerlo tuyo inevitablemente. Entonces es cuando corremos el mayor peligro. Nos apegamos a la obra, y la convertimos en el centro del mundo, poniéndola en un estado de indisponibilidad radical. Y Dios parece abandonarle a sí mismo, más aun, parece pedirle que renuncie a su obra “*coge a Isaac y entrégamelo en sacrificio...*”.

Es preciso que el hombre se haga a sí mismo obra de Dios. Debe hacerse maleable y humilde en las manos de su Creador, flexible y paciente como el mimbre, pobre y abandonado como la madera muerta. Solo en este estado de abandono y en esta confesión de pobreza, el hombre puede abrir a Dios un crédito ilimitado, confiándole la iniciativa absoluta de su existencia y salvación. Y entra entonces en una santa obediencia”.

¿De qué necesito aún que Dios me desprendida? ¿Qué cosas se me han ido pegando por el camino?



Me encontré hace poco con un texto de Dolores Aleixandre, que me lleva acompañando ya unos días, y en el que ella traduce, con su lenguaje sencillo y accesible esa bienaventuranza de “dichosos los pobres” y que nos puede poner en pista para concretar esta llamada a la pobreza a la que hoy nos invita la vida de San Francisco:

“¿Qué significa tener un corazón pobre? Existe en todo el Evangelio una línea que prima el no-ser. No es otro en definitiva el significado de la cruz, en que Jesús no tiene “parecer ni hermosura, ni belleza que agrade”. A menudo en las parábolas,

quien queda justificado, es el que no tiene nada, el que no es.

Pobre es, en el lenguaje de la Biblia, el que no tiene. El lenguaje bíblico no se distingue aquí del lenguaje de la calle, porque se construyó en la experiencia de la vida y en ella los pobres son los que carecen. ¿Y qué haremos los que somos ricos en tantas cosas? ¿Es que no nos queda ninguna esperanza? La primera esperanza es que vayamos cayendo en la cuenta de que lo que nos salva no es lo que tenemos, sino lo que no tenemos. Como en un poema chino “se moldea la arcilla para hacer la vasija, pero de su vacío depende el uso de la vasija. **Se abren puertas y ventanas en los muros de una casa, pero es el vacío lo que permite habitarla**”.

¿Podemos entender eso? Si para los hombres es imposible, será posible para Dios. Por la fe podemos ir entendiendo lo que es el meollo del Evangelio: **que Dios nos salva con su impotencia y que es también la impotencia el rasgo definitivo de nuestra imagen y semejanza con Dios.**

En la medida en que vayamos cayendo en el sentido profundo de la paradoja, lo podremos ir verificando a nuestro alrededor. Las riquezas de los otros nos atraen, nos deslumbran, nos seducen pero en casi todos echamos de menos lo que verdaderamente nos enriquecería. **Admiramos su valor pero nos acogemos a su ternura, atendemos su palabra pero nos confiamos en su silencio y su escucha, admiramos sus posesiones pero sólo nos son cercanos cuando se desposeen.**

Poco a poco iremos asimilando unas extrañas bienaventuranzas en que los pobres poseen un reino, los perseguidos triunfan sobre los perseguidores y los insultados y calumniados son felices. Cuando empecemos a entender esto, empezaremos a entender el evangelio: “siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para enriqueceros con su pobreza” (2Cor 8,9).

Lo que caracteriza a un corazón pobre es el asombro ante todo lo que posee. Decidido a dejarse despojar, se maravilla de tener, no lo que poseía al principio, sino mucho más. Por eso la palabra que acude a sus labios es una palabra de pobres: gracias.

Dolores Aleixandre

Terminamos esta ya larga reflexión, pidiéndole al Señor que nos ayude a vaciarnos, a hacernos pobres, en todo, a salir de nosotros, a hacer hueco dentro, para dejarnos habitar por Dios, **para que los otros, entren en nuestra vida.** Para concluir, una cita última cita de “*Sabiduría de un pobre*”:

Mira, evangelizar a un hombre es decirle:

“Tú también eres amado de Dios en el Señor Jesús.

Y no solo decírselo, sino pensarlo realmente.

Y no solo pensarlo, sino portarse con ese hombre de tal manera que sienta y descubra que hay en él algo de salvado, algo más grande y más noble de lo que él pensaba, y que se despierta así una nueva conciencia de sí.

Eso es anunciar la Buena Noticia y eso no podemos hacerlo más que ofreciéndole nuestra amistad; una amistad real, desinteresada, sin condescendencia, hecha de confianza y de estima profunda.

Es preciso ir hacia los hombres.

Es nuestra amistad lo que ellos esperan, una amistad que les haga sentir que son amados de Dios y salvados en Jesucristo.

Francisco se movió en la sencillez y la amistad, siendo la pobreza el residuo de ambas. No la pobreza entendida como un no tener nada, sino como expresión profundísima del desasimiento más radical de todo lo que se posee y de toda posibilidad de poseer (incluida la posesión de la satisfacción de no contar con nada). Francisco se derramo sin medida, en todo y en todos. Que Dios es Dios, que DIOS ES, fue su mayor sabiduría. Luego queda el silencio de la plenitud.

Que así sea.